

CARMEN GONZÁLEZ ALVALAT. UNA CALLADA Y TENAZ VOLUNTAD DE SUPERACIÓN

Pilar VALERO GARCÍA, María José GARCÍA SÁNCHEZ
y Mario Pedro DÍAZ BARRADO

Universidad de Extremadura

La fatalidad ha querido que en los últimos años hayamos perdido a cuatro compañeros que en algún momento de su vida –alguno de ellos prácticamente todo su periplo profesional–, estuvieron ligados a nuestro Departamento de Historia en la Universidad de Extremadura. Todos fallecieron víctimas de enfermedades incurables en un corto período de tiempo, mostrándonos así de forma abrupta la fragilidad de la condición humana tras unos primeros años en los que la ilusión juvenil y la preocupación por consolidar nuestros horizontes académicos e institucionales en la UEX, nos hicieran tal vez pensar que podríamos mantenernos ajenos a ese tipo de asechanzas, o que las contempláramos como muy lejanas.

Al concentrar el nuevo arranque de la Revista *Norba* en homenaje a sus personas corremos ciertamente el riesgo de convertir este número de nuestra revista en un inacabable panegírico. Estamos convencidos de que la expresión de loas y halagos resaltando las virtudes de nuestros compañeros serán siempre merecidos, pero como universitarios haríamos bien en poner el acento, sobre todo, en los rasgos académicos e intelectuales con que se adornaron y nos regalaron a los demás, esa será la mejor muestra de respeto a un esfuerzo que en todos los casos fue más bien empeño de vida.

El reconocimiento más genuino que podemos hacerles es, sin duda, abundar en la aportación científica y ése es el deseo de todas las personas que colaboran, tanto del Departamento como de la Universidad en general, en este número de forma amplia y consistente. La presentación y realización de los últimos trabajos y resultados de investigación sirven a la vez para retomar la labor de una Revista que, mortecina en los últimos tiempos, debe cumplir un papel destacado en nuestra actividad investigadora en el futuro. Presentar pues el trabajo como el mejor aval para el reconocimiento a nuestros compañeros desaparecidos, nos parece la apuesta inteligente y adecuada que han dado los nuevos responsables de la Revista *Norba* en esta también nueva etapa que todos queremos de una forma u otra sostener.

Como responsables de estas líneas nos toca, no obstante, contradecir en parte las afirmaciones precedentes, puesto que nosotros no contribuimos a este homenaje con aportaciones científicas concretas, sino con la lamentable y a la vez grata tarea de glosar la figura de nuestra compañera Carmen González Alvalat, tan prematura y desgraciadamente desaparecida. A pesar

de todo deseamos, por coherencia con lo dicho, insistir en los rasgos académicos o profesionales y en su trayectoria intelectual, puesto que creemos sinceramente que es la mejor forma de rendir homenaje a esta entrañable compañera.

No resulta fácil desde el sentimiento y el pesar por su pérdida abordar la figura de Carmen González Alvalat, que fue hasta su muerte –contra la que luchó denodadamente en otro rasgo evidente de su fuerza de voluntad–, una excelente compañera del Departamento de Historia. Sin menoscabo de destacar algunos de sus rasgos personales, que en todo caso servirán para reforzar la excelente impresión que todos teníamos de ella en el Departamento, dedicaremos estas líneas, preferentemente, a destacar los aspectos profesionales de su actividad, una actividad que ejerció con denuedo y, casi siempre, en silencio, lo cual le concede aún más mérito.

Carmen fue siempre, junto a Pilar Valero, la representante del Departamento de Historia en la Escuela de Magisterio de Cáceres (luego Facultad de Formación del Profesorado). La conformación de unos Departamentos que podríamos llamar específicos en aquel Centro no consiguió atraerlas a una nueva organización institucional. Nunca dudaron ambas de su condición de historiadoras, que ejercían desde la casi militancia, sabiendo que la defensa de los perfiles convencionales de un historiador era necesaria en los estudios de formación de docentes. El tiempo ha venido a darles totalmente la razón, como demuestra el lamento de muchos profesores de las Facultades de Educación o de Formación del Profesorado que confiesan sin rubor que sus alumnos muestran carencias y deseos de aprender historia como una forma básica de organizar sus conocimientos, así hemos tenido ocasión de comprobarlo recientemente con motivo de unas jornadas que buscaban recuperar y actualizar los conocimientos históricos para la formación de maestros, como reflujo de una apuesta realizada hace unos años que abandonó algunas parcelas, entre ellas la historia, que ahora vuelven a considerarse imprescindibles.

Carmen González se formó en la Universidad de Salamanca en el comienzo de la década de los años 70 del pasado siglo, cuando ésta era el destino casi inevitable de tantos extremeños que no contaban aún con Universidad propia, allí perfiló su vocación de historiadora en unos momentos en que tanto la disciplina histórica como el contexto del país exigían a los historiadores un papel relevante desde el punto de vista social. Muchos de los mejores profesionales de la disciplina histórica en la actualidad se forjaron en estos años en Salamanca, tanto con el aprendizaje en las aulas como en la lucha política contra la decadente dictadura, una lucha que no era –como se tiende a simplificar ahora– simple movilización u ocupación juvenil, sino sobre todo lecturas, intercambio de ideas, ilusión por conocer y descubrir no sólo lo nuevo sino preferentemente lo valioso, deseo intenso de cambiar las cosas para mejor, creyendo en lo que se hacía y cometiendo por tanto errores también, fruto de la buena voluntad.

El ambiente universitario de aquellos años permitía que, junto a las inclinaciones conservadoras o simplemente adaptativas al régimen de algunos universitarios, se manifestaran al mismo tiempo posturas radicalmente distintas y rupturistas, pero sin provocar por ello cataclismos, en realidad se podía convivir sin problemas puesto que en ambas sensibilidades –exceptuando las radicalidades inevitables– se daba una actitud abierta y comprensiva con el reto que ante sí tenía la sociedad española. Eso hizo posible que Carmen viviese con intensidad la febril actividad del entonces Departamento de Historia Contemporánea en Salamanca, al que se ligó desde el comienzo, compartiendo trabajo e ilusiones con muchos otros también entonces jóvenes si exceptuamos a quien ejercía entonces la dirección como catedrática, María Dolores Gómez Molleda, junto a ella estaban sus discípulas y también gente como Antonio R. de las Heras o Manuel Redero San Román, ambos en la actualidad catedráticos en la disciplina de historia contemporánea.

Tras su etapa salmantina, Carmen desembarca en Cáceres en la Escuela de Magisterio como ya se ha dicho. Desde el principio se manifestó como una profesora preocupada por sus

clases y sus alumnos, en un momento especialmente importante para configurar titulaciones y consolidar los estudios universitarios en Extremadura. Por eso Carmen preparaba sus clases concienzudamente, actualizaba sus referencias y, sin olvidar a los clásicos, estaba atenta a las novedades que podían mejorar el bagaje de conocimientos de los alumnos, a los que insistía siempre en la necesidad de leer y de interesarse por conocer. Siempre intentaba hacerse comprender por los estudiantes y potenciaba eso que todos teóricamente defendemos pero que es tan difícil de llevar a la práctica: la participación del alumnado en clase. Para Carmen la docencia era analizar, comentar, confrontar informaciones o puntos de vista que permitieran entender y no sólo memorizar la historia, pues entendía nuestra disciplina como una herramienta útil y hasta imprescindible para entender mejor los problemas del mundo que nos rodea. En los últimos años nos transmitía su preocupación por la formación de las nuevas generaciones y la necesidad de adaptar nuestros procedimientos educativos y estaba convencida de que el papel de la historia debería ser más relevante socialmente. No creía en la historia lineal que organiza *a posteriori* los acontecimientos para que tengan un sentido, tampoco en la historia de elites que deciden lo importante o que encaminan los procesos, Carmen apostaba por la incertidumbre, por conocer profundamente la información para luego confrontar puntos de vistas dispares, formular hipótesis y sacar conclusiones que dejaran el problema abierto, aunque eso no quisiera decir que todo vale. La labor docente de Carmen se asentaba en esa máxima institucionista de guiar sin presionar y de orientar sin imponer, deseaba que el conocimiento fuese fruto de un largo camino recorrido donde se aprecia el esfuerzo y la curiosidad.

Por las características del Centro donde impartía su docencia Carmen estaba abierta a la necesidad de conjugar los contenidos y la didáctica, pero defendiendo siempre como ya se ha señalado la necesidad de no minusvalorar en exceso la formación de base, es decir ser profesora de Historia pero pudiendo encauzar a la vez el conocimiento histórico hacia la formación del profesorado, ofreciendo así una muestra más de su profesionalidad que tenía en cuenta el contexto donde se desarrollaba su labor docente. Carmen intentaba presentar la historia a sus alumnos más allá de la materia académica, como una compañera útil en el trabajo y en la vida cotidiana, por eso además de inducir a la lectura de textos de base, amplió su orientación formativa hacia la prensa, la literatura, los medios audiovisuales, etc. en un momento en que todo esto se veía con prevención y con mucho recelo aunque ya no nos acordemos o no queramos acordarnos.

Mientras ejercía esta intensa labor docente que exigía tiempo y dedicación (la mayoría de las veces no cuantificable ni evaluable pero real), como hija de su tiempo Carmen no se sustrajo a otras labores que en aquellos momentos resultaban fundamentales para consolidar la apuesta universitaria en Extremadura y para estructurar el marco de relaciones laborales en la nueva institución académica. Nos referimos a su actividad sindical por la que era más conocida públicamente, convirtiéndose en referencia para los universitarios que siempre encontraban en ella un apoyo y una orientación en sus problemas laborales. Carmen contribuyó a consolidar el incipiente movimiento sindical en Extremadura y esa actividad le concedió un rasgo de esforzada voluntad que no se rendía fácilmente, aunque creemos sinceramente que lo que sucedía era que Carmen trasladaba su carácter de firmeza y su incansable coraje y dedicación a todo lo que emprendía y esto se notaba más en la actividad sindical, donde denunciar la incoherencia o la injusticia tenía más reflejo público.

Pero su actitud y su voluntad firme y hasta su empeño incansable, envueltos siempre en formas suaves pero tozudas, eran parecidos en todo. A pesar de que la actividad docente y la sindical significaran un esfuerzo ímprobo y llenara muchas de sus horas, Carmen no olvidó un rasgo que los universitarios apreciamos sobremedida: la investigación. A su llegada a Cáceres se había producido una feliz coincidencia que resultará muy beneficiosa para su apuesta intelectual, pues llega casi al mismo tiempo a la Facultad de Filosofía y Letras, Antonio R. de las

Heras, maestro intelectual de muchos de los profesores actuales del área de Historia Contemporánea en la UEX y director de la Tesis Doctoral de Carmen.

Carmen compatibilizó, pues, desde el principio sus actividades docentes, que exigían dedicación y esfuerzo en estos principios dificultosos hasta articular las diferentes especialidades, con esa intensa actividad sindical y un sinfín de tareas que eran muy propias de aquella época de compromiso y deseos de cambiar la situación. Pero lo más sorprendente es que nunca abandonó, en medio de todos estos avatares, su interés por la investigación y, en un contexto que ayudaba poco y que prácticamente no le exigía nada, se empeñó –y ya sabemos algunos lo que resultaba de los empeños de Carmen– y consiguió terminar un trabajo de doctorado modélico que pudo presentar en abril de 1994, no sin renunciar a muchas cosas como ella misma pone de manifiesto en el apartado de agradecimientos de su tesis, prueba fiable de que todo lo que hemos dicho es cierto.

Habían pasado algunos años desde su Licenciatura, y se había producido algún cambio en la dirección del trabajo de doctorado desde el originario proyecto en Salamanca hasta el que pudo llevar a feliz puerto con Antonio R. de las Heras. En realidad, tras las dudas iniciales, el verdadero trabajo investigador de Carmen se concentra en los últimos cinco años antes de su lectura y lo destacable es que se trata de una apuesta por un método de trabajo novedoso y nada fácil de abordar por una persona que no se había formado directamente con el método de Antonio R. de las Heras.

En esta decisión se encierra uno de los rasgos más sorprendentes de Carmen: la capacidad de trabajo y la decisión para emprender tareas que, en principio, pudieran parecer extremadamente dificultosas. No tuvo inconveniente en ligarse a una propuesta metodológica renovadora en los estudios históricos y lo hizo exclusivamente por el mero placer intelectual –sin buscar ningún tipo de beneficio–, puesto que la corriente historiográfica emprendida por el profesor de la Heras, por novedosa y rupturista como ya hemos dicho, levantó desde el principio recelos en algunos sectores de la comunidad académica más convencional.

A Carmen esto no le importaba, como tampoco sentirse de nuevo alumna en el mejor sentido de la palabra, para aprender primero los conceptos básicos que informan la teoría y la metodología y para aplicarlos luego en su trabajo y familiarizarse así con las destrezas que era necesario dominar a la hora de aplicar esos principios sobre el objeto de estudio.

En el caso de Carmen, además, se atrevió con una fuente compleja y apasionante a la vez: las cartas pastorales y las circulares de los obispos de la Diócesis de Coria-Cáceres a lo largo de dos siglos, el XIX y el XX. Son los instrumentos que la Iglesia católica venía utilizando para difundir y fijar su doctrina y era a su vez el medio de hacer llegar esa doctrina a toda la comunidad a través de los intermediarios por su lectura obligada en misas o celebraciones. El obispo, como emisor, y los fieles diocesanos como destinatarios o receptores, se convierten en el marco de análisis de todo el trabajo, aplicando sobre estas manifestaciones el método de *la topología del discurso*, mediante el cual se pretende observar el fundamento ideológico contenido en el discurso utilizado y los recursos de mentalidad que han quedado fijados a lo largo del tiempo en una institución como la Iglesia.

Es cierto que el método se puede aplicar sobre fuentes de la más variada naturaleza, de hecho así ha sido porque se han llevado a cabo trabajos diversos por parte de miembros del grupo investigador como los profesores Juan Sánchez o Mario Pedro Díaz e incluso más recientemente una tercera generación de investigadores sigue utilizando la topología discursiva para sus trabajos como Alfonso Pinilla en su recién finalizado trabajo de doctorado sobre la transición democrática, pero quizá el caso del trabajo de Carmen González sea especialmente atractivo por aplicarse sobre una fuente y una institución tan aparentemente inamovible, tan influyente, aunque en su desarrollo demuestra la incidencia del paso del tiempo, la evolución

inevitable en los valores y hasta la posibilidad de captar la personalidad de los prelados y su actitud ante los cambios que impone el tiempo o las circunstancias.

La tesis se leyó en abril de 1994, ahora hace nueve años, y el vértigo que nos produce a algunos que estuvimos en el tribunal encargado de juzgarla por el ritmo frenético del paso del tiempo, no nos hace olvidar el acto académico tan relevante que supuso el reconocimiento de un trabajo metodológico y de un esfuerzo personal. La Universidad está llena de actos, pero sabemos que no todos son iguales, que los verdaderamente gratificantes son aquellos plenos de contenido y de trabajo, que suelen presentarse con humildad pero con la naturalidad y el estilo que siempre acompaña a lo auténtico.

Carmen fue una persona generosa, capaz de dedicar su tiempo y su esfuerzo a tareas que no le reportaban a ella sino trabajo y dificultades hasta personales, en ella no cabían las actitudes egoístas que buscan el simple beneficio o el cálculo para alcanzar lo inconfesable que tanto proliferan hoy. Por eso era también una persona incómoda que mostraba su desacuerdo cuando ella lo estimaba necesario y se encaraba con lo que no le parecía justo, trabajando a su vez para cambiarlo y no limitándose a la simple crítica. Afrontaba los asuntos desde la coherencia y la honradez y por eso era ante todo transparente, sabiendo que las instituciones y las personas se resisten a cambiar y que los cambios generan miedo e inseguridad, pero comprendiendo también que en la disparidad de opiniones suele estar la verdad y que las cosas avanzan como consecuencia de la discrepancia. Otro rasgo a destacar era la tremenda ilusión que aportaba a todo lo que emprendía, por eso los frutos fueron parecidos tanto en su labor docente e investigadora como en su actividad sindical, porque siempre afrontaba los retos desde la misma posición donde se ponía siempre de manifiesto su fuerte personalidad.

Recordando ahora su labor universitaria nos damos cuenta de la pérdida que supone la desaparición de personas como Carmen que no se resignaban a la comodidad ni ejercitaban la calculada equidistancia y tampoco adaptaban su criterio a las circunstancias, sin que por ello dejaran de estar abiertas a los cambios. Por eso no podemos sino reconocer lo afortunados que hemos sido siendo compañeros y amigos de Carmen González Alvalat, que ya forma parte de nuestra vidas y de la memoria imborrable del Departamento de Historia.